

La construcción literaria de las minorías en *Sab*, de Gertrudis Gómez de Avellaneda

ISMAEL LÓPEZ MARTÍN
Universidad de Extremadura

Resumen: La escritora cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda es un referente en la literatura romántica del Nuevo Mundo. Tan cierta es su obligada lectura y estudio como la transgresión de este precepto, que conlleva la ocultación de una de las mentes más preclaras de la literatura hispanoamericana en el siglo XIX. La autora participa de distintos moldes genéricos en sus obras, y algunas de sus composiciones han sido ya tratadas, como la novela antiesclavista *Sab* o la histórica *Guatimozin*. Este trabajo analiza el tratamiento literario del esclavo en *Sab* y cómo sirve para ejemplificar el modelo ideológico de la autora sobre las minorías (los esclavos, las mujeres), valorando en qué medida contribuye no solo al crecimiento de una escritora que debería estar en el canon literario, sino a la toma de conciencia de estas realidades en el panorama hispanoamericano.

Palabras clave: Avellaneda; novela romántica; abolicionista; esclavitud; minorías.

Gertrudis Gómez de Avellaneda and the literary construction of minorities in *Sab*, by Gertrudis Gómez de Avellaneda

Abstract: The Cuban writer Gertrudis Gómez de Avellaneda is a reference in the Romantic literature of the New World. Its mandatory reading and study is as certain as the transgression of this precept, which entails the concealment of one of the most distinguished minds of Latin American literature in the 19th century. The author participates in different generic molds in her works, and some of her compositions have already been discussed, such as the anti-slavery novel *Sab* or the historical *Guatimozin*. This paper analyzes the literary treatment of the slave in *Sab* and how it serves to exemplify the author's ideological model on minorities (slaves, women), valuing to what extent it contributes not only to growth of a writer who should be in the literary canon, but to the awareness of these realities in the Hispanic American panorama.

Key words: Avellaneda; Romantic novel; abolitionist novel; slavery; minorities.



Tula, apelativo familiar y cariñoso por el que fue conocida Gertrudis Gómez de Avellaneda, se ha ganado el derecho de pertenecer al canon extenso de la literatura romántica en lengua española. Todo canon implica una selección y no seríamos justos si aplicásemos juicios meramente críticos que entendieran a esta autora como pluma principal e inigualable del período, lo cual no la aleja de la necesidad de ser considerada literariamente. Y creemos que ahí radica su principal valía: en la consideración literaria. La Avellaneda es mujer, literata, cubana, defensora de minorías sociales o explotadas, celosa de sus intereses personales y con un vasto conocimiento de referencias culturales, también de la Europa occidental. Pero, sobre todas esas circunstancias –que ya podrían justificar su revisión y conocimiento–, se yergue una que se antoja fundamental: se trata de una escritora fecunda e introductora de procedimientos narrativos temáticamente novedosos y estilísticamente acordes con la literatura de su tiempo.

Esta autora, nacida en la actualmente denominada ciudad de Camagüey y, otrora, Puerto Príncipe, dio a la luz una ingente producción lírica y dramática, pero también narrativa, género en el que nos vamos a centrar en las siguientes páginas. La Avellaneda no es una advenediza para la crítica; la consideración de su pluma ha gozado de más éxito que la de su persona cuando estaba viva. Nos encontramos ante una autora romántica, muy leída, que conoce bien lo que se está escribiendo en la Europa occidental, circunstancia que se ve aumentada por sus viajes y por su presencia en ambientes literarios. Víctima de una sociedad machista que alejaba del quehacer literario a las mujeres, Gertrudis canalizó su lucha a favor de varios grupos sociales desfavorecidos en sus obras. A este respecto, merece la pena recordar su defensa de los negros en *Sab* (1841), de las mujeres en *Dos mujeres* (1842-1843), de los bandoleros en *Espatolino* (1844) o de los indios en *Guatimozin, último emperador de México* (1846). No son los únicos ejemplos narrativos, pero sí, quizás, los más destacados.

Sab es una novela romántica que concita intereses muy diversos. No está de más aceptarla como una novela abolicionista de la esclavitud de negros en Cuba, patria de Tula (Percas Ponseti, 1962: 349), pero tampoco considerarla una novela sentimental. Gómez de Avellaneda es capaz de conjugar elementos constructivos de uno y otro metagénero narrativo para producir una obra



que, ciertamente, despista. A ello nos referimos al analizar el trasfondo ideológico y estilístico y cotejarlo con el desarrollo de la acción.

La novela está dividida en dos partes: la primera tiene once capítulos y, la segunda, cinco junto con una conclusión. Le antecede un texto prologal. El discurrir de la acción separa las dos partes. En la primera el ritmo es más pausado y abundan las descripciones de ambientes y costumbres, así como cierto retoricismo del que no estaba exento el Romanticismo americano. Esto conduce a una lectura farragosa en algunos puntos de la obra y a una sensación de que la autora circunda los mismos temas y no adopta decisiones narrativas que provoquen no ya cambios imprevistos, sino cierta evolución en los acontecimientos. La segunda parte, por otro lado, es más dinámica y refleja el interés de la autora no solo por culminar los hechos de la manera que le interesa, sino también y, sobre todo, dejar meridianamente claro cuál es el planteamiento ideológico de la novela y cómo este se refleja, fundamentalmente, en los personajes. Estos habían sido caracterizados introspectivamente desde el principio de la narración, pero en la segunda parte ganan en madurez y, además, se empoderan, pues toman la iniciativa para resolver los conflictos que se habían planteado a lo largo de la obra.

Decíamos anteriormente que no estaba de más considerar *Sab* como una novela abolicionista, pues la descripción de la realidad de la esclavitud en Cuba rodea toda la obra y se convierte en el marco que envuelve otros temas que, probablemente, son los que más interesan a la autora. Ese marco abolicionista no solo limita al resto de contenidos, sino que influye en ellos. La obra es, igualmente, una novela sentimental, y son precisamente las relaciones amorosas y sus conflictos los que pueden situarse en el núcleo temático de la narración. El acceso a las relaciones amorosas está condicionado por la procedencia social de sus intervinientes, lo cual está trufado por el carácter abolicionista.

La descripción de la naturaleza está igualmente presente a lo largo de la novela, pero esto no debe extrañarnos aun cuando esa identificación del paisaje, esa defensa de lo autóctono frente a otras realidades foráneas forma parte de la realidad literaria hispanoamericana como rasgo general, aunque no ineludible. Avellaneda es capaz de transmitir al lector la realidad natural en la que se desarrollan no solo la acción de la novela, sino también sus costumbres y su ideología. Une el carácter romántico al costumbrismo, pero



esas costumbres pasan por la servidumbre y por una sociedad en la que existen enfrentamientos entre las élites criollas y los esclavos, algo que forma parte de la estructura social cubana y que la Avellaneda tiene muy en cuenta. La autora no solo describe una ordenación que le es familiar y en la que ella misma está inmersa, sino que toma partido.

El principal tema de la novela *Sab* no es la esclavitud, sino el amor. Dos años antes de su publicación, en 1839, vio la luz *Cecilia Valdés*, del también cubano Cirilo Villaverde. No es el lugar de analizar o comentar temáticamente esta relevante novela, pero sí llamar la atención sobre la segregación amorosa que viven algunos de sus personajes. En muchas obras de la literatura hispanoamericana romántica encontramos la defensa o, siquiera, la descripción de lo propio, de lo autóctono, de lo que identifica a la sociedad y la distingue de las potencias coloniales europeas, particularmente de España. En ese marco se incluyen las realidades de los territorios, y la esclavitud de negros define indubitablemente la sociedad cubana del momento, aun cuando ciertas voces clamaran por su abolición. Asumiendo la presencia de la esclavitud, Gómez de Avellaneda, siguiendo el modelo de Villaverde, aborda el problema del acceso a las relaciones amorosas en distintas clases sociales. Sab, protagonista de la novela homónima, es un esclavo enamorado de su ama, Carlota. Por supuesto que se describen los trabajos forzados vinculados al tratamiento del azúcar de los colectivos afrocubanos y se detalla la inhumanidad a la que son sometidos, eso no está en cuestión. Pero nos parece que tampoco está de más afirmar que el núcleo temático de la obra está en el fracaso amoroso de un personaje limitado por su procedencia.

La autora incluye caracterizaciones que interpelan al lector. Esas definiciones ahondan en la equiparación del esclavo con cualquier otro hombre blanco, con sentimientos idénticos, con razón y con un comportamiento exquisito. Todas estas cualidades apuntalarían una relación amorosa entre Sab y Carlota, pues son iguales en carácter y en capacidades. Sin embargo, su nacimiento los separa y, a pesar de que la voz narradora se empeñe en señalar las bondades y excelencias del esclavo, no es ajena a su condicionamiento original. Ahí está el debate de la novela. *Sab* encierra un debate romántico que ya había abordado el Duque de Rivas en su *Don Álvaro o la fuerza del sino* (1835) y que también tratará Zorrilla en el *Don Juan Tenorio*



(1844): la predestinación y el libre albedrío. Bernabé (que es el nombre real de Sab) es un ser que se encuentra en la encrucijada entre las leyes divinas y las humanas. La ley divina le dota de libertad, y no hemos de perder de vista que en la novela (como en otras del Romanticismo hispánico o en textos de Chateaubriand) hay ciertos ecos de la religión cristiana, la cual sustenta esa pretendida libertad. Sin embargo, el protagonista choca con las leyes humanas, las que han decidido arbitrariamente que existen esclavos, que él es uno de ellos desde su nacimiento (cuando fue *escriturado* a la familia) y que, precisamente por esas normas, está compelido a no sobrepasar determinados límites amorosos, pero no impedido para ello. Sab tiene todas las cualidades, pero el mundo no le permite ejercerlas. Barreda Tomás (1978: 625) recuerda que es «un personaje modélico: la cifra y suma del perfecto amante según los valores del Romanticismo y la interpretación que hace de estos la Avellaneda», pero todo esto es insuficiente. Subyace el enfrentamiento entre la ley divina y la humana, así como la que prevalece y la que debería prevalecer.

Aunque hace algunas alusiones a la presentación de un «esclavo casi desnudo»¹ (106) en un campo que era «regado con el sudor de los esclavos» (169), la autora no es especialmente insistente en la caracterización física del protagonista:

Es una vida terrible a la verdad —respondió el labrador arrojando a su interlocutor una mirada de simpatía—: bajo este cielo de fuego el esclavo casi desnudo trabaja toda la mañana sin descanso, y a la hora terrible del mediodía jadeando, abrumado bajo el peso de la leña y de la caña que conduce sobre sus espaldas, y abrasado por los rayos del sol que tuesta su cutis, llega el infeliz a gozar todos los placeres que tiene para él la vida: dos horas de sueño y una escasa ración. Cuando la noche viene con sus brisas y sus sombras a consolar a la tierra abrasada, y toda la naturaleza descansa, el esclavo va a regar con su sudor y con sus lágrimas al recinto donde la noche no tiene sombras, ni la brisa fresca: porque allí el fuego de la leña ha sustituido al fuego del sol, y el infeliz negro girando sin cesar en torno de la máquina que arranca a la caña su dulce jugo, y de las calderas de metal en las que este jugo se convierte en miel a la acción del fuego, ve pasar horas tras horas, y el sol que torna le encuentra todavía allí... ¡Ah!, sí;

¹ Todos los fragmentos incluidos de la novela *Sab* se encuentran en los números de página indicados de la edición de Gómez de Avellaneda (2021).

es un cruel espectáculo la vista de la humanidad degradada, de hombres convertidos en brutos, que llevan en su frente la marca de la esclavitud y en su alma la desesperación del infierno (106).

Por el contrario, son más frecuentes e interesantes las reflexiones sobre su carácter y cómo este no es sustancialmente distinto al de los criollos. Los personajes se admiran del «aire tan poco común» (108) que presenta Sab y que lo distingue de otros de su clase, ello a pesar de que «desde mi infancia fui escriturado a la señorita Carlota» (111). El valor del verbo principal de la cita anterior es especialmente relevante porque concita dos sentimientos de propiedad o pertenencia: el relativo a la esclavitud y el de la vinculación amorosa que Sab muestra hacia Carlota durante toda su vida, quien reconoce que «ha sido el compañero de mi infancia y mi primer amigo» (162).

Uno de los motivos que supuestamente podrían alejar esta novela de otras abolicionistas es que no hay una presencia recurrente de los castigos físicos infligidos a los esclavos. Sin embargo, se medita sobre esa realidad, señalándose que «no se les prodigan palos e injurias» (146) aunque tanto a ellos como a sus opresores se les considere una «humanidad degradada, de hombres convertidos en brutos» (106):

¡Pobres infelices! —exclamó—. Se juzgan afortunados, porque no se les prodigan palos e injurias, y comen tranquilamente el pan de la esclavitud. Se juzgan afortunados y son esclavos sus hijos antes de salir del vientre de sus madres, y los ven vender luego como a bestias irracionales... ¡a sus hijos, carne y sangre suya! Cuando yo sea la esposa de Enrique —añadió después de un momento de silencio—, ningún infeliz respirará a mi lado el aire emponzoñado de la esclavitud. Daremos libertad a todos nuestros negros. ¿Qué importa ser menos ricos? ¿Seremos por eso menos dichosos? Una choza con Enrique es bastante para mí, y para él no habrá riqueza preferible a mi gratitud y mi amor (146-147).

Las reflexiones que se introducen en la novela abogan por presentarnos a unos «traficantes de carne humana» (109) que son incapaces de mirar a sus esclavos como personas, sino solamente como meros instrumentos de trabajo, para los que no es necesario el talento (128; 162) que presenta el protagonista. Sin embargo, este Sab que «no tiene nada de la abyección y grosería» (128) con que habitualmente se caracterizaba a los de su clase, tan distinto al resto (Williams, 2008: 161), es una persona honesta que intenta, en ciertas



ocasiones, velar por la buena guarda de otros personajes de clase superior, aun cuando estos, como Enrique Otway, fueran reticentes a reconocer que les habían favorecido (137; 157). Esa caracterización positiva tiene sus reminiscencias filosóficas en Rousseau, pues «the figure of Sab owes a great deal to the literary type of the noble savage, who was used in these writings to criticize the injustices of more highly developed societies» (Pastor Pastor, 2006: 61). Es un personaje que no encuentra su hogar en ninguna de las dos clases sociales, pues ni es un mulato al uso ni tampoco pertenece a los blancos aun cuando se haya criado con ellos (Morales Faedo, 1995: 116).

Se plantea el debate de otorgar «libertad a todos nuestros negros» (146), aunque sea vacío desde el punto de vista literario y nunca llegue a buen término. La libertad que conseguirá el protagonista de la obra no le es concedida para cumplir su mayor deseo, que es el amoroso, sino que solo con su expiración la logrará, un momento en que volverá a la ley divina y dejará de estar sometido por la humana, aunque solo fuera cuando ya no formaba parte del mundo. La digresión situada en la conclusión de la obra aporta la relación que hay entre los hombres y las leyes divinas:

¡Y qué!, pensaba yo: ¿la virtud puede ser relativa? ¿la virtud no es una misma para todos los hombres? ¿El gran jefe de esta gran familia humana, habrá establecido diferentes leyes para los que nacen con la tez negra y la tez blanca? ¿No tienen todos las mismas necesidades, las misma pasiones, los mismos defectos? ¿Por qué pues tendrán unos el derecho de esclavizar y los otros la obligación de obedecer? Dios, cuya mano suprema ha repartido sus beneficios con equidad sobre todos los países del globo, que hace salir al sol para toda su gran familia dispersa sobre la tierra, que ha escrito el gran dogma de la igualdad sobre la tumba; ¿Dios podrá sancionar los códigos inicuos en los que el hombre funda sus derechos para comprar y vender al hombre, y sus intérpretes en la tierra dirán al esclavo, «tu deber es sufrir: la virtud del esclavo es olvidarse de que es hombre, renegar de los beneficios que Dios le dispersó, abdicar la dignidad con que le he revestido, y besar la mano que imprime el sello de la infamia?» No, los hombres mienten: la virtud no existe entre ellos (265).

Hacia el final de la primera parte se aprecia un cambio en la reflexión ideológica que enmarca la novela. Martina explica que Sab es su «ángel protector» (175) y se pregunta por qué «ha de ser tan desgraciado» (182) un hombre



tan bueno. La bondad de Sab estriba en el acompañamiento de sus amos, en la cercanía con la familia y en su amor por Carlota, un amor que le incita a protegerla incluso de su futuro marido, Enrique, añadiendo el motivo de los celos. Por tanto, se demuestra una vez más que esta novela no solo es abolicionista, sino, sobre todo, sentimental. En ella aparecen recursos y motivos propios del tema como los triángulos amorosos y amores entrecruzados, los celos, las lágrimas y, desde el punto de vista romántico, especialmente hispánico, un sentimentalismo exacerbado y atormentado, todo ello aunque Sab insistiera en que «no escucho ni a mis celos ni a mi aborrecimiento al juzgar a ese extranjero» (215) que pretende a Carlota.

Ya en la segunda parte, como se ha dicho, asistimos a un mayor dinamismo en la acción narrativa y a una exageración de los sentimientos de los personajes. De una conversación entre Sab y Teresa extraemos que el protagonista siempre ha valorado en exceso a su amada, de quien destaca sus «angelicales labios» (205), y que va a intentar impedir la boda con el tercero, Enrique. Sab había considerado en capítulos anteriores que Carlota no sería feliz con su prometido y, a pesar de ello, lo había acompañado en algunos viajes e incluso le había salvado la vida. El esclavo es más activo en la segunda parte e idea un plan para «impedir que caiga Carlota en los brazos de ese inglés» (215) a partir de una treta con Teresa y un supuesto boleto de lotería premiado que dejaría al descubierto que el pretendiente no amaba a Carlota, sino únicamente su posición económica.

Llegando al final de la novela se explica metafóricamente que se estaba utilizando un concepto amoroso que se entendía como superior al de la clase social y a la consideración de esclavo: «el corazón que sabe amar así no es un corazón vulgar» (224), reconocido también por la propia Carlota (251) cuando Sab ya había muerto.

En *Sab*, Gómez de Avellaneda defiende a los oprimidos. Aboga por la abolición de la esclavitud de negros en Cuba aun cuando ella misma formaba parte de ese circuito. Literariamente defiende esa postura anexionada a la supresión de derechos humanos de los que sufren. Nos estamos refiriendo al amor. Tula no solo censura la esclavitud en sí misma, sino que ejemplifica su idea a través de un esclavo al que se le niega el acercamiento a su amada solo por un nacimiento que le marca para toda la vida, y construye ese relato a partir de elementos románticos, entre los que está ese amante que no es amado y se angustia:



¡Cuán buena sois! —la dijo—, pero ¿quién soy yo para que os intereséis por mi vida?... ¡mi vida! ¿Sabéis vos lo que es mi vida?... ¿a quién es necesaria?... Yo no tengo padre ni madre..., soy solo en el mundo: nadie llorará mi muerte. No tengo tampoco una patria que defender, porque los esclavos no tienen patria; no tengo deberes que cumplir, porque los deberes del esclavo son los deberes de la bestia de carga, que anda mientras puede y se echa a tierra cuando ya no puede más. Si al menos los hombres blancos, que desechan de sus sociedades al que nació teñida la tez de un color diferente, le dejasen tranquilo en sus bosques, allá tendría patria y amores..., porque amaría a una mujer de su color, salvaje como él, y que como él no hubiera visto jamás otros climas ni otros hombres, ni conocido la ambición, ni admirado los talentos (219).

Al final de la obra, la autora identifica el sojuzgamiento de los esclavos con el de las mujeres, otra minoría que está tratada en la obra. Explica Pastor Pastor (2014: 37) que «en *Sab*, la ardua problemática de la esclavitud permitió a la autora afirmar los derechos de la mujer y su deseo por la igualdad social», aunque solo lo hace tangencialmente y en la conclusión. En la sinceridad de la carta de un Sab ya fallecido, Avellaneda sugiere que las mujeres también son esclavas de su sexo, aportando que incluso esa esclavitud es peor que la del resto porque su amo lo será para toda la vida y no podrán cambiarlo:

¡Oh!, ¡las mujeres! ¡Pobres y ciegas víctimas! Como los esclavos ellas arrastran pacientemente su cadena y bajan la cabeza bajo el yugo de las leyes humanas. Sin otra guía que su corazón ignorante y crédulo eligen un dueño para toda la vida. El esclavo al menos puede cambiar de amo, puede esperar que juntando oro comprará algún día su libertad: pero la mujer, cuando levanta sus manos enflaquecidas y su frente ultrajada, para pedir libertad, oye al monstruo de voz sepulcral que le grita: «En la tumba» (270-271).

Barreto (2006: 3) explica que «Sab is limited by his race and class, while Carlota and Teresa are both restricted by their gender and class», lo que da una idea elocuente de las minorías a las que Avellaneda intenta dar voz en su novela. No debe perderse de vista, además, que la autora proyecta sus inquietudes personales en el personaje de Carlota, convirtiéndose así en el trasunto literario de la problemática social en la que Avellaneda estaba incluida como mujer, pues ambas «se manifiestan como dos mujeres insatisfechas emocionalmente, son víctimas de sí mismas por haber idealizado al hombre receptor de sus sentimientos» (Pastor Pastor, 1996: 394).



Así, siguiendo a Comfort (2003: 182) la subversión que propone la Avellaneda no se limita a la situación de los esclavos, sino a un marco ideológico más general en el que la cubana aboga por una renovación de las estructuras de poder, un poder que somete a los esclavos, pero también a las mujeres y a otros grupos sociales, tanto en su contemporaneidad como en el pasado, señalando cuáles son los vicios de esas esferas (Albin, 2007: 163). No debe olvidarse, como apunta Gomariz (2009: 104), que la revolución haitiana estaba reciente y contaminaba varias novelas sobre la esclavitud, entre las que está *Sab*. La narrativa de Avellaneda aporta la visión romántica angustiada y combativa de la consecución de la libertad para los mulatos, para las mujeres y para los indios. Defiende la cubana los derechos de quienes las leyes humanas han sometido para beneficio de unos pocos, anulando su voluntad, sus anhelos de ser consideradas intelectualmente o su derecho a ser independientes.

La defensa de los derechos de las minorías que la Avellaneda promueve en *Sab* debe vincularse con el feminismo que defiende en *Dos mujeres*, una novela publicada originalmente en cuatro tomos en la que, en palabras de Barrios (2017: 178), «se reevalúa la condición de la mujer en la sociedad del presente, la cual es herencia del pasado». La novela se topó con el juicio negativo de la censura, que la acusó de contravenir los modelos de comportamiento que se antojaban acordes al sexo femenino. Sin embargo, como se deja entrever a lo largo de este artículo, es precisamente la subversión de lo previamente establecido uno de los rasgos definitorios de la narrativa de Gómez de Avellaneda, quien sabía que «both *Sab* and *Dos mujeres* were far from conforming to the tastes and canons of the society of her time, precisely because both works attempted to advance her ideology» (Pastor Pastor, 1997: 189).

Se trata de una obra que introduce elementos románticos como la fatalidad, pero sobre todo que defiende la libertad como valor supremo, tal y como sucedía en *Sab*. Merece la pena citar otra publicación de la autora que insiste en la reivindicación de la mujer. Es la serie de tres artículos titulados «La mujer» e incluidos en el *Álbum cubano de lo bueno y lo bello. Revista quincenal de moral, bellas artes y modas. Dedicada al bello sexo y dirigida por doña Gertrudis G. de Avellaneda*. Estos artículos no solo instan a las mujeres a empoderarse para no verse sometidas a los hombres, sino que pide que «no olvidéis os ruego que las mujeres en ningún país del mundo somos educadas para sufrir

fatigas, afrontar peligros, defender intereses públicos y conquistar laureles cívicos» (Gómez de Avellaneda, 1860: 228) y recurre «al discurso del cristianismo para legitimar la participación de la mujer en la historia, y sugiere que la esfera legítima del género femenino en política no debe circunscribirse al hogar, sino que debe incursionar en el dominio público reservado a los hombres» (Albin, 1995: 76-77). Más allá, la auténtica subversión la introduce Avellaneda cuando declara que

lanzando sin elección, en tropel, según se nos vengan a la memoria, algunos de los infinitos recuerdos que atesora el mundo de mujeres famosas en la administración de los grandes intereses de las naciones, intentamos probar no ya la igualdad de los dos sexos, sino *la superioridad del nuestro* en el desempeño de aquella misión augusta, la más ardua de cuantas plugo al cielo encargar a los humanos (Gómez de Avellaneda, 1860: 229).

Una de las críticas de la autora cubana a la situación de las mujeres viene de la mano de la intelectualidad, un campo que le había sido vetado tradicionalmente. Avellaneda, como sor Juana Inés de la Cruz y otras literatas americanas, tenían inquietudes académicas e intelectuales que no siempre pudieron ver satisfechas. Recuérdese, además, que Tula había intentado ingresar en la Real Academia Española, lo que no pudo lograr por razón de su sexo. Escribe Gómez de Avellaneda:

no se crea tampoco que data de muchos siglos su aceptación en el campo literario y artístico: ¡ah!, ¡no!, también ese terreno le ha sido disputado palmo a palmo por el exclusivismo varonil, y aun hoy día se la mira en él como intrusa y usurpadora, tratándosela en consecuencia con cierta ojeriza y desconfianza que se echa de ver en el alejamiento en que se la mantiene de las Academias *barbudas* (Gómez de Avellaneda, 1860: 260-261).

En esa misma publicación se incluye la denominada «Galería de mujeres célebres» con el recuerdo a personajes relevantes de ese sexo (Safo, santa Teresa de Jesús, Semíramis, Victoria Colonna, Sofonisba o Isabel la Católica, entre otras), así como composiciones poéticas sobre mujeres, textos reivindicativos y apuntes sobre ropa femenina e, incluso, el cuidado de las uñas.

Además de a los esclavos y a las mujeres, que en *Sab* parecen interrelacionados, su tercera novela, *Espatolino*, también valora un grupo social minoritario, el de los bandoleros. Sin embargo, nos centraremos ahora,



aunque muy brevemente, en *Guatimozin, último emperador de México*, novela histórica de corte romántico con referencias a la conquista española de América. Ya en *Sab* se introdujeron algunas alusiones, caso de la descripción de la conquista española de América como una «historia sangrienta» (169), aunque es en *Guatimozin* cuando se describen pormenorizadamente las crueldades de los españoles, especialmente personificadas en Hernán Cortés, y las lamentables e inhumanas condiciones de vida de los indios oprimidos, de quienes se destaca su valor y su heroísmo. Señala Avellaneda:

En medio de un campo de batalla en el que nadan en sangre mutilados cadáveres, sentiréis aquel horror que tiene algo de sublime: allí todo anuncia la reciente lucha; se ven manos que aun empuñan el acero; semblantes que conservan amenazante gesto, sangre que todavía humea, hirviendo de coraje, y que no emponzoña el aire con contagiosos vapores. ¡Parece que aquellos muertos, entre sus trofeos de guerra, entre su ambiente perfumado de pólvora, están proclamando con elocuente silencio el poder del orgullo, la heroicidad del entusiasmo, la nada de la vida, la gloria de la muerte! (Gómez de Avellaneda, 2020: 676).

La escritora cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda es una firme representante de la novela romántica hispanoamericana. En sus principales obras de este género hace gala de sus lecturas y de influencias europeas absolutamente destacadas como Victor Hugo, Alexandre Dumas, José de Espronceda o el Duque de Rivas. Aporta una literatura comprometida y subversiva que se basa en la reivindicación de los derechos de grupos minoritarios y en su presentación literaria: los esclavos negros, las mujeres, los bandoleros o los indios. Todos son víctimas de una estructura social que les niega derechos y todos comparten un rasgo romántico que les permite estar entre las narraciones de Gómez de Avellaneda: la libertad.

Sab, una de las mejores novelas hispanoamericanas de la época, reúne en su trama el abolicionismo de la esclavitud y la consideración del sufrimiento de la mujer. Tula tiene varias obras y composiciones (también líricas) en las que defiende los derechos femeninos y denuncia su situación de sometimiento, pero en *Sab* la autora cubana ha sido capaz de observar el estilo romántico para trazar un conflicto literario (el tema amoroso) con un trasfondo ideológico que sustenta y define la obra, lo que, sin duda, hace de ella una



pluma que merece ser revisada por su originalidad y compromiso literario, algo que la sitúa en la órbita de los escritores más destacados del panorama romántico hispanoamericano.

Referencias bibliográficas

- ALBIN, María C. (1995), «*Álbum cubano* de Gómez de Avellaneda: la esfera pública y la crítica a la modernidad», en *Cincinnati Romance Review*, 14, págs. 73-79.
- ALBIN, María C. (2007), «El costumbrismo feminista de Gertrudis Gómez de Avellaneda», en *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 36, págs. 159-170.
- BARREDA TOMÁS, Pedro (1978), «Abolicionismo y feminismo en la Avellaneda: lo negro como artificio narrativo en *Sab*», en *Cuadernos hispanoamericanos*, 342, págs. 613-626.
- BARRETO, Reina (2006), «Subversion in Gertrudis Gómez de Avellaneda's *Sab*», en *Decimonónica*, 3, 1, págs. 1-10.
- BARRIOS, Ana Lydia (2017), *Mujer, tradición y conciencia histórica en Gertrudis Gómez de Avellaneda*, Tesis doctoral inédita, Knoxville, University of Tennessee.
- COMFORT, Kelly (2003), «Colonial Others as Cuba's Protonational Subjects: The Privileged Space of Women, Slaves and Natives in Gómez de Avellaneda's *Sab*», en *Mester*, 32, págs. 179-194.
- GOMARIZ, José (2009), «Gertrudis Gómez de Avellaneda y la intelectualidad reformista cubana. Raza, blanqueamiento e identidad cultural en *Sab*», en *Caribbean Studies*, 37, 1, págs. 97-118.
- GÓMEZ DE AVELLANEDA, Gertrudis (2020), *Guatimozin, último emperador de México*, edición de Luis T. González del Valle y José Manuel Pereiro Otero, Madrid, Cátedra.
- GÓMEZ DE AVELLANEDA, Gertrudis (2021), *Sab*, edición de José Servera, Madrid, Cátedra.

- MORALES FAEDO, Mayuli (1995), «*Sab*: La subversión ideológica del discurso femenino en la novela cubana del XIX», en *Iztapalapa*, 37, págs. 111-128.
- PASTOR PASTOR, Brígida M. (1996), «Simbolismo autobiográfico en la novela *Sab* de Gertrudis Gómez de Avellaneda», en *Aldaba*, 28, págs. 389-403.
- PASTOR PASTOR, Brígida M. (1997), «Symbiosis Between Slavery and Feminism in Gertrudis Gómez de Avellaneda's *Sab*?», en *Bulletin of Latin American Research*, 16, 2, págs. 187-196.
- PASTOR PASTOR, Brígida M. (2006), «A Legacy to the World: Race and Gender in *Sab*», en *Revista del CESLA*, 9, págs. 57-76.
- PASTOR PASTOR, Brígida M. (2014), «El discurso abolicionista de la diáspora: el caso de Gertrudis Gómez de Avellaneda y su novela *Sab* (1841)», en *América sin nombre*, 19, págs. 34-42.
- PERCAS PONSETI, Helena (1962), «Sobre la Avellaneda y su novela *Sab*», en *Revista Iberoamericana*, 54, págs. 347-357.
- WILLIAMS, Claudette (2008), «Cuban Anti-slavery Narrative through Postcolonial Eyes: Gertrudis Gómez de Avellaneda's *Sab*», en *Bulletin of Latin American Research*, 27, 2, págs. 155-175.

